

Acerca de la educación

El otro día una amiga me sorprendió con una pregunta insólita. Estábamos hablando de educación de los hijos y me dijo que muchas veces se pregunta porque hay que educar a los hijos. ¿Qué pasaría si no se les educase?

Hace tiempo cuando yo empezaba el asesoramiento familiar, *coaching* se dice ahora, una familia me dijo que educar a los hijos era atacar su libertad, la de los hijos. Había que dejarlos libres, la naturaleza humana es muy sabia. Intenté hablar con ellos. No entraban en razón. Con el tiempo he ido siguiendo su vida ya que nos veíamos con una cierta frecuencia. Actualmente sus hijos son personas con muchas carencias, además de generadores de sufrimiento a ellos y a sus padres. No han sido educados, se les ha dado todo lo que se ha podido, no se les ha puesto límites y la consecuencia es que no saben manejar su libertad, no están entrenados en controlar sus emociones, no saben decirse que no. Son personas muy inmaduras.

Además, acusan a sus padres de no haberles exigido en su momento.

Esto es una consecuencia de creerse que el ser humano no depende de nadie. No es contingente, es necesario. Claro, si no hay

verdad, si todo vale, nadie necesita ser educado, tampoco habría ni ley, ni normas.

Por aquí va nuestra sociedad, por creerse que somos autosuficientes. Dioses. Que nos valemos por nosotros mismos. Estamos en un error. Y como ocurre con frecuencia las consecuencias las están pagando nuestros hijos en su vida y nosotros en nuestro sufrimiento por ellos.

¿Que es educar?

Buena pregunta. Con gran facilidad se está confundiendo lo que es educar con lo que es dar conocimientos a los hijos. Hay personas que creen que, por tener a los hijos en un buen colegio o en clases de idiomas, están educando a sus hijos. No es verdad. Eso es dar formación a los hijos, conocimientos para que puedan ganarse la vida en el futuro. Es verdad que un buen colegio ayuda, siempre y cuando no vaya en contra de la educación que sus padres quieren darle a sus hijos y no ridiculicen los valores que se les enseñan en casa.

Educar lo hacen los padres mostrando a los hijos su vida, sus valores, con alegría. Las caras agrias no educan. Haciéndoles ver que merece la pena vivir de esa manera.

Educar es ilusionar con los valores, es enseñar a diferenciar lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, la libertad del libertinaje y darles argumentos con nuestra vida.

Educar, en el fondo es enseñar a querer a una persona, mostrar que merece la pena sacrificarse por la verdad, por el bien y por el amor.

Hacer que una persona sea fiable que tenga criterio y que sepa el porqué de su vida.

Es un triángulo donde se convive con el verdadero sentido de la libertad, la verdad y el amor.

En definitiva, educar es ayudar a crecer a una persona.

Quisiera preguntarle cual es la razón por la que muchas familias, en el fondo, no educan a sus hijos si tan importante es educar

Habría que hablarlo con cada familia. Desde mi punto de vista hay varias razones.

Una de ellas y la más profunda es por la desesperanza que subyace en la sociedad en la que vivimos.

Se piensa que, haga uno lo que haga, al final va a dar igual y que la corriente se lo lleva todo. Lo cual es radicalmente falso.

Educar no es fácil, exige esfuerzo y vencer la comodidad. Hay que saber y querer educar cansados.

Exigirse personalmente para transmitir a los hijos unos valores que vivimos o que intentamos vivir en todas las ocasiones que se presenten, independientemente de nuestro estado de ánimo.

Por ultimo quisiera decir, que existe una imposibilidad en muchas personas para motivarse con la educación de los hijos. Pien-san que controlan, que no es necesario hacer nada extra y al final no se educa. Esa incapacidad para motivarse está ocasionada por la falta de formación de los padres, por la falta de conocimiento en lo que deben hacer, por no tener respuestas seguras en su vida personal.

Esa inseguridad en los valores que viven se va transmitiendo a los hijos, en el día a día y al final lo que se pierde es la autoridad y por tanto la posibilidad de educar.

A todo lo dicho anteriormente habría que añadir la comodidad. Educar cuesta.

¡Cuánta impotencia se ve en los padres cuando ya es tarde!

Si uno tiene un porqué para hacer las cosas, tendrá un cómo hacerlas. Pero hay que tener ese porqué.

¿Hay alguna condición previa a la hora de educar?

Igual que para conducir un coche hace falta tener carnet de conducir y, por supuesto coche, para educar hacen falta algunas condiciones previas.

La más importante, desde mi punto de vista, es que los hijos se sientan queridos. Parece una cosa obvia, pero hay que tener en cuenta que muchos chicos, en el fondo no se sienten queridos. No estoy diciendo que no se quiera a los hijos, sino que ellos no lo perciben así.

Importa mucho como lo percibe el otro, como se sienten ellos, muchas veces no es como a nosotros nos gustaría.

Son chicos que notan que no cuentan en casa, que los caprichos o aficiones de sus padres están por encima de ellos. Que sus padres priorizan lo profesional a lo familiar, no en términos de tiempo, que es lógico y normal sino de intereses. No se les escuchan, en muchas ocasiones no se les habla sino se les manda y se les dan voces. No se les exige. Las personas se sienten desatendidas. Falta de exigencia.

Una persona no exigida es una persona no querida. No preocupa su crecimiento.

Me pregunto con frecuencia que es lo más importante a la hora de educar, cual es el valor más decisivo. ¿Me podría contestar?

Desde mi punto de vista y aunque parezca una obviedad, lo más decisivo a la hora de educar es querer educar. Pensar con fre-

cuencia en la manera en que estoy, estamos, educando a nuestros hijos.

Hay personas que te dicen, muy serios, que están educando y no se han hecho esa pregunta nunca y no saben cómo hacérsela, qué preguntarse, porque el desconocimiento que tienen de lo que es la educación es total.

El ser humano siempre quita importancia a aquello que desconoce y, precisamente porque desconoce su importancia, no tiene interés en ello. En el fondo no lo considera interesante. Se creen que saben y están en un error, al final la consecuencia es que no educan a sus hijos.

Les preocupa únicamente que sus hijos aprendan a sacar su vida adelante. A ganar dinero. Lo cual es importante para vivir. Pero no para ser felices, ni para ser personas maduras, ni con criterio.

Cuanta gente que tiene lo suficiente para vivir, son tremendamente infelices en su vida personal, en su vida íntima, incluso en la aceptación de su carácter y naturaleza, son esclavos de adicciones, en muchos casos, humillantes para ellos.

Son personas sin educar, o maleducadas, que saben mucho de su vida profesional, pero no saben nada o casi nada del hombre y de la mujer como personas.

Una de las empresas más exitosas en el mundo económico son las Escuelas de Negocios que te enseñan a dirigir personas y a mejorar la manera de llevar una compañía.

Muchas veces incluso en empresas líderes, sus directivos cursan esos cursos para hacerlo todavía mejor.

En el plano personal no hay, en muchas ocasiones, ningún interés en mejorar como padre o madre, como pareja y se considera inútil gastar tiempo y, en algunos casos, dinero para poder adquirir esos conocimientos. Hay que ser profundamente consciente de que por ser padre o madre no se sabe educar. Mucho menos en un

mundo tan cambiante como el que vivimos. Hay que interesarse por educar. Realmente, ¿tenemos interés en la educación de nuestros hijos?

Como he dicho anteriormente, educar no es solo preocuparse de su salud de su comida y formación académica. Educar es más, es preocuparse de su persona, de su interioridad, de su forma de ser, de su carácter, de sus creencias. En una palabra, de su vida como una totalidad.

¿No me ha contestado en el valor primerizo o decisivo que le hice en la anterior pregunta?

Además de que los hijos se sientan queridos, no se puede educar sin intentar vivir la sobriedad.

La sobriedad hace que el hombre pueda tener dominio de sí mismo. Es decir, hacer lo que quiera y no hacer aquello que no quiere.

Sin esa lucha por ser libre, uno estará a merced de lo que le pide el cuerpo o de las ganas de hacer las cosas, cuando no del estado de ánimo.

Sin sobriedad es muy difícil vivir y hacer aquello que como persona quisiéramos hacer.

Porque si no se vive la sobriedad, no se tiene dominio de uno mismo, es como si no se fuera libre.

Esa infelicidad que produce el no hacer aquello que queremos y dejar de hacer lo que tendríamos que haber hecho. Eso hace que el ser humano entre en un desencanto con todo lo que le rodea. Un desencanto que tiene sus raíces en él mismo, en su persona, lo que le lleva en muchas ocasiones a situaciones que no son más que escapismo de la triste realidad en la que vive.

Desencantos personales que son, entre otras cosas, faltas de sobriedad, falta de dominio de sí mismo, no percibir la realidad a medio y largo plazo sino solo percibir de ella lo que me apetece y lo que rechazo ahora, en este momento.

Al final, hay muchas personas que parecen que solo ven de la realidad aquello que les interesa y aquello que les amenaza, que es una visión absolutamente pobre de la realidad. Se dice que es la que tienen los animales.

Vivir la sobriedad ayuda a que cumplan sus deberes, sin rigideces pero con responsabilidad, que no se quejen cuando no tengan lo que necesitan o cuando no les guste la comida o los planes no salgan como esperaban.

Si, en casa, tienen sed que beban agua y no un refresco. Que procuren no comer entre comidas. No ser perezosos a la hora de levantarse. Procurando que vivan, o que se esfuercen por vivir lo anteriormente dicho se va construyendo una personalidad libre que sabe mirar a su alrededor, a las necesidades de los demás, reconocerán derechos pero también deberes. Se va aprendiendo a ser libre y a vivir la libertad respetando la de los demás.

Como estos habría muchos más ejemplos, pero hay una cuestión fundamental; que lo vivan los padres. Si nosotros como padres no los vivimos sin quejarnos y con alegría, no servirá para nada. Si estamos enganchados a las marcas de ropa y a las comodidades, la sobriedad no aparecerá por ningún sitio. Los hijos tienen que saber que eso lo hacemos por algo, no por puro estoicismo. Algo que a ellos les resulte valioso porque nosotros se lo hemos explicado como valioso. Porque de hecho, es valioso. En la medida en que vayan haciéndolo suyo, en esa medida, estarán siendo educados.

Se puede tener un criterio para saber que no estamos educando.

Si pensamos que, sabiendo lo que sabemos, si tuviéramos su edad viviríamos como ellos, podemos asegurar que no estamos

educando pues eso indica que nuestros valores son muy pobres. No podemos transmitirlos por falta de conocimiento y de vida.

**Tengo dos hermanas mayores que yo que tienen tres hijos cada una.
Yo tengo dos. A mis hermanas sus hijos no les hacen mucho caso**

Les obedecen muy poco y a mis cuñados un poco más, pero no mucho.

Como mis hijos son más pequeños que los suyos, me planteo, si yo también perderé la autoridad, cuando los niños sean mayores. ¿Cómo se mantiene la autoridad? ¿Se pierde sola?

No hace mucho, existían los matriarcados y patriarcados en la sociedad occidental, actualmente lo que está de moda son los filiarcados. En esta sociedad mandan los hijos ante la pasividad de los padres, mejor dicho, ante el complejo de inferioridad de estos.

Muchos padres tienen complejo ante sus hijos. No se atreven a exigirles, a ponerles límites, en definitiva, no se atreven a educar.

En principio, es más fácil decir que sí a todo, hasta es probable que parezca uno muy moderno y amante de la libertad viviendo así.

Es mentira, el que dice que sí a todo no ama la libertad, porque no la utiliza correctamente y además no educa en ella.

Por otra parte es una comodidad grande, no olvidemos que exigir a los demás es exigirme a mí. Si digo: en casa no se ve la TV a partir de determinada hora. Eso mismo me lo estoy diciendo a mí.

Igual ocurre con todo lo demás. Me estoy exigiendo a mí. Eso cuesta. Con lo cual, es más cómodo no decir nada y así yo hago lo que más me apetece. Es cierto, que a corto plazo, lo de la comodidad, funciona.

A largo, toda esa falta de exigencia, aparece en la familia y además va contra nosotros, los padres. Aparece un sufrimiento culpable.

Exigir no es fácil, en definitiva, es saber manejar la autoridad, una de las cosas más difíciles que existen, pero no por ello hay que dejar de intentarlo.

La autoridad es un triángulo, en el que en un vértice estaría el dador de la autoridad que será nuestro hijo. Sabe que la autoridad es nuestra, por tanto podemos decir que nos la da aunque no tenga otro remedio. En un vértice está el hijo decíamos. En el otro estaríamos nosotros, como portadores de autoridad. Y en el tercero, estaría el ámbito de la autoridad, el espacio de nuestra autoridad, las situaciones en las que podemos ejercerla. Este ámbito va disminuyendo desde que el niño es un bebé en que el ámbito lo ocupa, prácticamente, todo, hasta que los hijos son mayores, donde el ámbito es más reducido.

Una de las formas más comunes de perder autoridad es la de emplearla fuera de ámbito, es decir, ponerse a dar instrucciones y mandatos en cosas en las que el hijo, por la edad que tiene, ni las necesita, ni nos va a hacer caso. Otra forma es pedir cosas y dejar que no se hagan. Eso generalmente ocurre por un exceso de peticiones.

Hay veces que no decimos nada, en aquellas cosas que el hijo necesita que se le digan y que se le exijan.

Esto ocurre en muchas ocasiones, porque no nos atrevemos, porque nos falta fortaleza y empezamos a ponernos excusas para, en el fondo, no corregir o indicar al hijo lo que según nuestra posición de padres deberíamos decirle.

Pero ante todo, para que la autoridad sirva para algo, lo primero que tiene que saber el hijo es que es querido y aceptado como es, lo cual ya ha sido dicho anteriormente.

También hay que saber en qué valores uno quiere educar.

Si esto no se tiene claro se estará educando en la arbitrariedad, es decir, según el estado de ánimo que tenga el educador. De forma que lo que por la noche está mal, por la mañana está bien. Cuando en realidad, lo único que ha ocurrido es que por la noche estoy más cansado que por la mañana.

Otra condición imprescindible del educador es la coherencia. No se puede exigir sin vivir. Si de verdad le decimos a los hijos que algo está bien, lógicamente, tendremos que vivirlo nosotros, porque si no ¿qué fuerza tiene lo que decimos?

¿Cómo es posible que lo que me digan sea tan importante, si luego mis padres hacen lo contrario? Podría, con toda razón, preguntarse el niño.

La coherencia es la cualidad humana que genera confianza y sin esta no hay autoridad en la familia, la puede haber en el ejército, pero en la familia no.

Para que un hijo empiece a vivir una serie de valores, de virtudes, tiene que tener la seguridad de que su padre y su madre luchan por vivirlos. Si no, no habrá lucha por su parte.

Por ejemplo, si les decimos a nuestros hijos que cuando aparezcan determinadas situaciones en televisión, lo que tienen que hacer es apagarla, ellos se plantearán quitarla si están seguros que cuando las mismas cosas salen y nosotros estamos solos también la quitamos. Si eso no es así, ellos no la apagaran.

Porque lo que mancha a un niño mancha a un mayor. Me estoy refiriendo a escenas visuales, porque en otro tipo de asuntos donde interviene la formación y el criterio, a los niños pueden perjudicar cosas que a los padres no afectan.

Lógicamente, eso no quiere decir que los padres tengamos que ser dioses. Los niños tienen más sentido común del que nos creemos y saben que sus padres se equivocan. Pero también saben, que si tuvieran la facultad de no equivocarse, lo harían como a mí me piden que lo haga.

De ahí la importancia de exigir haciendo atractiva la verdad, de saber hacer interesante lo importante, de mostrar que lo que estoy pidiendo, merece la pena. La única forma de hacer esto es viviéndolo nosotros, los padres. Y hacerlo con alegría.

No olvidemos lo dicho anteriormente, para enseñar hace falta saber, para educar lo que hace falta es ser, o sea, vivir lo que decimos.

Esa coherencia de la que hablaba antes, si se vive en el tiempo se transforma en confianza, y está con el tiempo se transforma en compromiso. ¿Compromiso con qué? Con los valores que estamos enseñando, que vivimos y queremos que vivan ellos.

Como vemos, muchas veces la desconfianza hacia los padres que surgen en muchos hijos proviene de la incoherencia de sus vidas, de la carencia de valores firmes. Eso nos lleva a comportarnos de forma distinta ante hechos muy similares.

De esa forma, no estamos en la coherencia sino en la arbitrariedad como hemos dicho y esta genera falta de confianza.

Tengo tres hijos pequeños y me gustaría –como a todos los padres– educarlos muy bien. Veo a mi alrededor que mis amigos y compañeros de trabajo, en muchas ocasiones, no tienen ninguna autoridad sobre sus hijos. Me gustaría saber cómo se puede perder autoridad, para tratar de evitarlo

La pregunta que me haces es una actualidad grande y una continuación de la anterior.

Hay muchos niños que están siendo educados con una carencia de límites tremenda y, por otra parte, sus padres no saben qué hacer porque no tienen ninguna autoridad sobre ellos.

Cuando se llegan a una cierta edad y no obedecen, es muy difícil intentar poner límites de forma que sean eficaces si no se ha

hecho antes. Ya han tomado la delantera, sin darnos cuenta, y de hecho mandan ellos.

Es frecuente encontrarse con personas que, cuando uno aconseja que deberían decir algo a sus hijos, te contestan que no va a servir para nada. Son personas que han perdido paulatinamente la autoridad, y en el momento de utilizarla, ya no la tienen.

Junto a la autoridad van perdiendo poco a poco la esperanza de poder ser modelos para sus hijos y dejan de intentarlo.

Hay varias formas de perderla, una de ellas es actuando en contra de nuestros principios de forma habitual, sabiendo que estamos haciendo las cosas mal. Por ejemplo, una persona va al fútbol todos los domingos, y su mujer le dice que no vaya alguno, no hace caso, aunque sabe que debería quedarse cada cierto tiempo en casa y no asistir al fútbol. Los hijos se dan cuenta que su padre no hace lo que debe.

La pérdida de autoridad, en casos parecidos al que he descrito, es muy grande, los hijos se dan cuenta que su padre no es capaz de hacer un esfuerzo por ellos o por su madre y quedarse en casa. Cuando uno voluntariamente no hace lo que debe hacer, la autoridad se está tirando.

Cuando ese padre le pida un esfuerzo a sus hijos, ha perdido toda la autoridad, no tiene fuerza, no tiene ningún liderazgo sobre ellos. Por tanto, el que te vean luchar por hacer las cosas bien, es una forma de mantener y acrecentar la autoridad, eso hace que cuando la tengas que utilizar pidiendo un esfuerzo, esté intacta y, por tanto, sea de utilidad.

Otra forma de mantener la autoridad es decir las cosas cuando hay que decirlas y callar cuando no es oportuno hablar. Los hijos se dan cuenta perfectamente cuando callamos y deberíamos decir algo.

Es falta de lucha personal, es falta de fortaleza, la cual hay que utilizarla aunque el cuerpo nos pida no decir nada porque es más

cómodo. A veces están esperando que sus padres digan algo en relación a lo que ha sucedido. No se dice y nuestra autoridad decae.

También se dan cuenta que a veces decimos lo que no debemos como un desahogo personal. Eso la deteriora.

Nunca decir cosas porque nos interesa a nosotros, sino porque es lo mejor para ellos.

Con lo dicho ahora y en la pregunta anterior hay materia suficiente para pensar y actuar con autoridad, pero sin autoritarismos.

Cuando se actúa con autoritarismos, los hijos pierden la confianza con sus padres. Y cuando se actúa como amigos –amigotes– son los padres los que pierden la autoridad.

Estar en medio no es fácil, pero en ese punto está la eficacia y la transmisión de valores.

Muchas veces a la hora de hacer una indicación a mis hijos mi mujer y yo nos desmentimos, no estamos de acuerdo. ¿Me puede decir cómo puede afectar eso a mis hijos?

Se dice, incluso hay estudios muy interesantes, que cuando el mando duda la autoridad se pierde. Eso ocurre también en la educación de los hijos. Cuando los padres dudan, sobre todo si es en cosas importantes, los hijos se convierten en chantajecedores. Le preguntaran las cosas a quien convenga y luego dirán me lo ha dicho papa o mama y terminaran haciendo lo que quieran.

En qué valores vamos a educar y como lo vamos a hacer, son cosas en la que los padres tienen que ponerse de acuerdo de antemano. Para no desmentirse a la hora de decir algo a los hijos y cuando surja la pregunta o la situación, decir lo mismo.

Algunas veces esto no es fácil. Entonces puede ayudar, cuando pregunta el hijo, retrasar la respuesta. Mañana te lo digo, déjame pensarlo o algo por el estilo. De esa manera se tiene la oportuni-

dad de hablarlo entre ellos, lo cual es muy importante para que los hijos vean una unidad de criterio.

Una buena forma de no educar, o mejor dicho, de maleducar es que, ante una situación concreta cada padre diga una cosa. Actuando así se hace imposible la transmisión de valores. Incluso en padres separados, por amor a los hijos, se deberían de poner de acuerdo en lo que van a decir a los mismos en cosas que puedan ser importantes.

No hacerlo es una buena forma de no querer a los hijos, aunque muchas veces se vaya diciendo, incluso presumiendo, de lo contrario. Algunas veces hay mucho achuchón y mucha mojigatería y poco amor de verdad.

Como hemos dicho antes, no exigir lo que se le debe pedir a una persona en este caso a un hijo es una buena manera de no quererlo. Si a nivel empresarial nos pusieran objetivos muy poco exigentes es probable que se pensase que uno no es valorado. En el ámbito familiar no exigir a los hijos es una forma de no valorarlos, y no valorar a una persona por parte de sus padres, en el fondo, es no quererlo como es. En un primer momento a los hijos les gusta que no se les exija y que se les consienta todo. A la larga pensarán que son inseguros, que no son capaces de adquirir unos valores, o que tienen una serie de dificultades en relación a personas de su edad o posición. Como se ha dicho ya, terminarán echando la culpa a los padres por no haberles exigido en su momento. Es muy frecuente oír quejas de ese estilo, cuando ya la situación es irreversible. La exigencia cuando uno conoce al hijo y sabe que puede hacer lo que se le va a pedir, es una manifestación de cariño que agradecerán en el futuro.

A mí me parece que hay un momento en que los hijos se encierran más y es cada vez más difícil saber lo que les pasa, por tanto es más difícil ayudarles. ¿Me puede decir algo al respecto?

Lleva razón, cuando los hijos van descubriendo su intimidad se van cerrando y cuentan menos cosas, además cuando mienten las mentiras ya tienen un sentido. O sea, lo hacen por algo.

Es el momento de recoger lo que se ha sembrado y de seguir sembrando. Al principio nos irán diciendo aquello que no les importa que sepamos. Más tarde, si hemos generado confianza en ellos, nos irán diciendo aquello que les preocupa o les agobia.

Hay cosas que ni ellos mismos saben interpretar, eso no lo dirán, lo van amasando en su interior hasta que lo vean claro. Entonces tomarán la decisión de decirlo o no.

Quizás sea bueno, si no se ha hecho ya, empezar a cenar con los hijos. Siempre será posible, de una manera u otra, si hay interés.

En estas cenas con el tiempo van contando lo que les ha pasado, hablan de sus profesores, sus amigos, padres de sus amigos. Los hermanos se interrumpen entre ellos, y pasados unos días les gustará cenar en familia.

Los padres tenemos que intentar hacer las cenas agradables, contando lo que nos ha pasado en el trabajo o lo que le preocupa a cada uno. Muchas veces saldrá a relucir la lucha que tienen los padres por hacer las cosas bien, por mejorar como personas.

Todo esto es altamente educativo para los hijos. Veremos sus valores en las respuestas y las soluciones que han tomado en la convivencia con sus compañeros de clase o con amigos cercanos.

Así se va creando un ambiente de confianza y unión entre la familia que durará para siempre, muchas de las correcciones, se las harán entre ellos, así nos las evitaremos nosotros y no desgastaremos nuestra autoridad.

Además se evitaran muchas horas de tv que en la mayoría de los casos no les iban a aportar nada.

Si alguna vez hay algo muy interesante en la tv. Se cena más rápido y se ve pero, en mi opinión, nunca dejar la cena. Que vean los hijos que cenar juntos es muy importante.

Por otra parte, si desde pequeños se acostumbra a los niños a que se les pregunte a solas como les va en las clases, con los profesores, con algún amigo y cosas por el estilo, se les acostumbrará a contar cosas a sus padres. Así, más tarde, les será más fácil contar su intimidad.

Todo lo que he expuesto está muy contrastado en educación y es de gran ayuda a la hora de educar.

**Me puede decir la diferencia que hay entre la urbanidad y la educación.
El otro día salió en una charla con unas amigas y no lo supe explicar bien**

No es extraño, porque actualmente se confunden con frecuencia. En muchas ocasiones nos creemos que estamos educando a los hijos porque les enseñamos normas de urbanidad, comer con educación, saludar, ceder el paso y cosas por el estilo. Aprender eso es muy importante, pero eso no es educar, eso es enseñar normas de urbanidad, eso es enseñar comportarse en sociedad.

También hay personas que creen que están educando porque hacen que sus hijos aprendan inglés u otras materias, lo cual tampoco es educar. Basta con que alguien sepa inglés y le vaya enseñando al hijo. Eso es enseñar y el hijo lo que tiene que hacer es aprender. Le puede enseñar un libro o un robot.

Para enseñar lo que hace falta es saber. Para educar lo que hace falta es ser. Uno no educa con lo que sabe. Con lo que sabe uno enseña. Uno educa con lo que es. Educar es la transmisión de valores de padres a hijos. Esa transmisión se hace viviéndolos

uno y haciéndolos atractivos, de esa manera el hijo aprenderá a querer lo bueno y a desechar lo malo. Esa transmisión hay que darla mostrando nuestra vida y que merece la pena vivir como le estamos enseñando. Con el tiempo si somos coherentes el niño lo irá incorporando a su vida, eso lo hará porque él se habrá dado razones por las cuales merece la pena vivir así.

Él se irá creando convicciones, eso sí que ya es suyo.

Con tiempo, con libertad. Ya serán suyas.

Por tanto, el que sabe puede enseñar, la urbanidad está en este campo. El que es puede educar.

La pregunta personal acerca de los valores que uno tiene y de cómo los vivimos, nos indicaría si estamos educando o no lo estamos haciendo.

Esto se basa en la comunicación humana. Esta puede ser de tres formas, comunicación verbal, lo que uno dice, mediante la cual uno sabe más. Comunicación no verbal- lenguaje de los gestos- mediante la cual uno puede ver las intenciones de otra persona. Me dijo que vendría pero le vi un gesto que pensé que no iba a venir. Ha dicho algo pero por un gesto- comunicación no verbal- sabíamos que no iba a venir, o sea, supimos sus intenciones.

La tercera es la comunicación vital, es la que más comunica, es el lenguaje de los hechos, y lo que manifiesta son los valores que vive esa persona. Sus virtudes. La comunicación vital es la que hace que las personas nos inspiren confianza y nosotros sepamos si podemos confiar en ellas o no. Esta última es la que más educa.

Ya sabemos que un valor que se vive es una virtud. Los valores son la verdad conocida, las virtudes la verdad vivida.

Me puede decir si cuando los hijos están más receptivos es más fácil educar, ¿Importa más el mensaje o su receptividad? ¿Cuándo están más receptivos?

La primera vez que oí recitar la definición de comunicación, me pareció una cosa difícilísima de vivir. Decía así: decir lo que hay que decir a quien hay que decirlo en el momento oportuno y aprovechando que las personas están receptivas.

Es decir, lo que hay que decir, ni más ni menos, solo a quien hay que decirlo, después oportunidad y que el otro esté receptivo.

Como vemos tanto el mensaje como la receptividad de la otra persona son importantes.

Desde mi punto de vista los momentos difíciles de la vida son muy educativos, esos momentos en que ya no se puede ni vender imagen, ni vender valores. A uno le sale lo que lleva dentro.

Personalmente recuerdo lo que mi madre decía y hacía en los días siguientes a la muerte de mi hermana en accidente de coche. Yo era un adolescente y las palabras de mi madre y sus hechos resuenan en mis oídos como un dulce martilleo cuando las necesito recordar.

Sin proponérselo. El mensaje era fuerte y yo, lógicamente, estaba muy receptivo. Era una esponja. Oí cosas que luego he vivido con frecuencia.

Momentos difíciles por los que pasa el educador, máxima receptividad del educando.

Los valores se transmiten viviéndolos.

En los momentos en que uno pierde el trabajo, en situaciones económicas difíciles, en situaciones vitales complicadas, como las pasadas con el coronavirus y las que vivimos de sus consecuencias, son momentos altamente educativos. Los valores que vivimos se marcan a fuego en nuestros hijos.

Siempre, aparecerán cuando los necesiten. Si en esas situaciones decimos y vivimos como si no tuviéramos valores, hemos des-

aprovechado una ocasión maravillosa que, probablemente, no se volverá a presentar.

Muchas veces, quizás no vivamos como nos gustaría esos momentos difíciles, pero la intención y la lucha personal por vivirlos ya es transmitirlos. Lo que educa es nuestra intencionalidad por vivir. Aunque nos equivoquemos. La lucha por hacer bien las cosas, genera transmisión de valores.

Además de los momentos difíciles, hay otros momentos en los que tenemos que decir algo que nos gustaría que escucharan. Conocemos a nuestros hijos y, sin enfados, tenemos que comunicarle algo. Aprovechemos a que estén receptivos. No tengamos miedo. Muchos padres tienen miedo a decir a sus hijos lo que deben. Es una muestra de cariño decirles aquello que como padres debemos.

A lo mejor tenemos que empezar diciendo mira hijo si no te digo lo que te voy a decir me pedirán cuentas. Debo decírtelo, no te enfades, lo hago con cariño. Es una forma de ponerlo receptivo.

Seguro que nosotros tenemos otras formas de hacerlo, pero hagámoslo. Es de justicia. Pero con prudencia. Aprovechando un estado de ánimo positivo, tanto nuestro como del receptor, que este caso es un hijo.